



---

**Konvergencias, Filosofía y Culturas en Diálogo.**

**ISSN 1669-9092**

**Año VI, Mayo 2009, N° 20.**

---

**NATURALEZA, HUMANIDAD, SOCIEDAD Y CRISIS.**

**José David Lara González<sup>1</sup>**

El humano como especie biológica forma parte integrante de los ecosistemas naturales. Si bien en un principio la capacidad de transformación de las condiciones ambientales fueron de retorno negativo, en el sentido de no reintegrar nada o muy poco al ecosistema después de su aprovechamiento, una vez desarrollada cierta tecnología el asunto cambió y se estableció determinado nivel de equilibrio que buscaba consciente o inconscientemente una simbiosis humano-naturaleza incorporando o devolviendo al ecosistema una parte de lo tomado de él. Tal intercambio simbiótico puede entenderse como la adecuación de un grupo humano a determinadas condiciones de un determinado ecosistema (Palerm, 1976). Este intercambio más o menos “justo” para ambas partes, pronto fue cambiando hasta que el humano pudo transformar la fisonomía natural y generar otra. De esta manera, los ecosistemas se fueron artificializando volviendo determinante la acción humana para conservar algunas características naturales de esos ecosistemas y separando las propiedades del medio de su ser netamente social; demostrando que aunque el humano guarda debilidad por naturaleza propia, posee un alto nivel de adaptación, situación que lo ha llevado a ser la especie dominante del planeta, controlando o intentando

---

<sup>1</sup> Ingeniero civil, mexicano de nacionalidad. Tiene estudios de maestría en hidrología subterránea y, en ciencias ambientales en el área de ambiente y recursos naturales. Actualmente es candidato a doctor en ciencias ambientales en el área de desarrollo sustentable y ambiente. Por más de 20 años ha sido profesor universitario a tiempo completo en funciones de docencia e investigación. Ha trabajado en proyectos de evaluación, uso, manejo y conservación de recursos naturales con énfasis en los recursos suelo y agua y, en investigaciones en el área de la educación ambiental en donde realiza tareas de divulgación y difusión de la problemática socioambiental ampliada. Ejerce docencia en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

controlar a la naturaleza. Esta elevada capacidad adaptativa del ser humano es su gran ventaja pero también implica un alto nivel de riesgo. No obstante, la función depredadora del humano no es nueva ya que en épocas más tempranas su actividad fue esencialmente de ese tipo y así es como vemos que en los largos periodos de la Edad de Hielo, el humano se contentaba con seguir tomando del medio todo lo que podía sin reposición alguna y en un intercambio ampliamente parcializado (Childe, 1981).

La dependencia del humano respecto de la naturaleza es bien profunda; el uso de los recursos y su dispendio y mala aplicación no son sino parte del gran problema. En tanto el humano se ha convertido en la fuerza dominante en la formación de sistemas de vida en la tierra, su ascensión ha ido acompañada de una reducción de las posibilidades de la naturaleza y del medio.

Las crisis no son nuevas para la humanidad ni para el mundo. De hecho la humanidad nunca ha estado libre de crisis por un tiempo sustancial. La historia ha mostrado que la humanidad ha superado, de algún modo, esas crisis, aunque huellas de esas “luchas” no son carentes. Sin embargo, hoy existen amplias razones para creer que los problemas de nuestro tiempo no serán resueltos en el curso rutinario de los acontecimientos. Ahora la crisis mundial es una suma compleja de crisis de muy diversa índole y no podemos suponer la solución de una de ellas, aisladamente de las demás. Además, la escala y el carácter global de las crisis actuales, difieren de la naturaleza de las crisis pasadas (Mesarovic y Pestel, 1993).

La naturaleza es la entidad mayor en la que conviven materiales inertes y seres vivos. Sin embargo, para el humano la naturaleza no deja de ser un invento, un descubrimiento producto de su conocimiento e imaginación y se declara que la naturaleza no tiene sentido sin el humano, no tiene movimiento, es caos y materia indiferenciada e indiferente y, por lo tanto, finalmente es la nada (Schmidt, 1989). Aunque, de entrada, la naturaleza es, en primer lugar el cosmos y después la tierra, la naturaleza es madre y padre a la vez, pero ante todo la Tierra es la madre, la madre Tierra o la Tierra madre: la idea más trasparente de este simbolismo sexual es el de la Tierra-Madre, que toma las características sexuales de la mujer como modelo “ejemplar” de la acción generadora y productiva de la naturaleza otorgándole a ésta atributos de la femineidad. Las piedras, las cavernas, los abismos, las fuentes y los ríos, han sido comúnmente asemejados a los huesos, el útero, la vagina de esa Tierra-Madre. Cuando durante el Neolítico, se afianzó entre los humanos la conciencia de que podrían propiciar con su intervención, los frutos productos de la tierra, se extendió paralelamente la idea esencialmente religiosa de la sexualidad como fuerza motriz que gobernaba los cambios operados en ella (Naredo, 1995).

La naturaleza es, en sentido amplio, la relación originaria de todo cuanto existe en la Tierra (Torres, 1999). De aquí se desprende la gran pregunta de qué fue lo que aconteció y cuánto tiempo pasó para que la Tierra y la naturaleza, se convirtieran en una posesión y propiedad de todo tipo, privada, individual, comunitaria, social. Y preguntar también qué y cómo fue que el humano se convirtió en el demiurgo, el principio activo, el creador del cosmos, del universo que conocemos y del que desconocemos. Todavía más, se tornó en el Cristo cósmico por fuerza de su sacrificio a escala universal, ofreciendo a cambio el trabajo y el dolor del mundo (Sosa, 1995), lo que dice, el valor del sacrificio.

Empero, la naturaleza es, antes que cualquier otra cosa y sobre todo en la sociedad moderna (y posmoderna), el límite de toda la actividad humana (Torres, 1999). Lo que distingue a la historia humana de la historia natural, es que la primera la hacen los humanos mientras que la segunda se hace sola, expresado en una línea de pensamiento marxista de la naturaleza: el hombre presenta ante sí una naturaleza histórica tanto como una historia natural.

Entonces, la historia natural no hecha por el humano, es sin embargo el espacio máximo en el que se da la propia historia humana, que así, es una historia menor.

Lo que el humano haga o deje de hacer, sólo es explicable en el marco de su incapacidad puramente humana para trascender los límites de lo natural, y de la historia natural, en una inspección más ampliada.

Con esto no estamos negando sino afirmando la principal cualidad del humano su enorme capacidad de transformación de la naturaleza y de su propia naturaleza. Esta capacidad de transformar el mundo-ambiente va más allá del simple uso de lo natural: la diferencia esencial entre la sociedad humana y las sociedades animales es que los animales recogen, mientras que el humano produce. El hombre verdaderamente se apropia de la naturaleza de la manera que puede hacerlo, que es mediante la producción (entrando a escena la tecnología y también la ciencia, luego la acumulación, o sea, el capital para asumir el poder dado por la distribución para fundar su base de racionalidad, más que nada instrumental-valorativa): toda producción es apropiación de la naturaleza por el individuo o la sociedad (Marx, 1974). Y es en la generación de los medios de producción donde está la clave de la diferencia con los animales que han llegado a desarrollar formas de sociedad, sin llegar a obtener su conceptualización. Entonces, la apropiación significa usar, y aprovechar, pero también poseer y, concebir, conceptuar: producción quiere decir producción material y producción inmaterial, dos esferas de lo humano que las demás especies no han desarrollado (Marx, 1975).

Esto deja más claro que el humano a diferencia de los animales va sumando necesidades, socializándolas a la vez que legitimándolas, lo que dice, “naturalizándolas”. Y si bien, la apropiación es la limitación en el sentido de finalidades externas auto impuestas a la naturaleza humana y por tanto a la misma naturaleza, es también una forma de percatarse de que la simbiosis mencionada y la correspondencia entre lo humano y lo natural, es algo que sólo puede entenderse como especialmente humano. Lo verdaderamente humano, es entonces, no hacer de la transformación de la naturaleza la clave existencial humana, sino la transformación de la misma naturaleza humana congruente con la naturaleza toda.

Esto entabla la suposición de la “unidad” humanidad-naturaleza. Es decir, no la prepotencia humana ante lo natural “inconsciente”, sino la humildad ante lo no comprendido, lo desconocido del cosmos. El poder humano licenciado como posibilidad del ser y de sublimar la realidad, comprender entrando por el entender. Entendiendo también al poder o capacidad humana como parte de la capacidad de la naturaleza para ser

más que para estar. Un poder racional y racionado, no dominante y dominador, no para doblegar a la naturaleza ni a otros humanos.

Esto es también competencia humana, poder humano, pero es un poder que ya no puede ser en tanto es negado por los nuevos paradigmas (vuelto ya paradogmas) que gobiernan la vida actual (moderna-posmoderna y en el caer de la apostilla de Ortega y Gasset, del ser humano que va siendo al mismo tiempo que va des-siendo) y nuestro futuro, mediato e inmediato, que es también el de la propia naturaleza (la externa y la interna al ser humano), que depende de las decisiones humanas, cosa que acusamos pues cada vez se le ve más como el triunfo total e irreversible del humano sobre el entorno.

No nos estamos percatando de que detrás del supuesto triunfo del humano sobre el resto del orbe hay una falta real de poder, una carencia de imaginación, sensibilidad, afecto y comunicación (en la también llamada “era de la comunicación” o “época del tiempo real” (¿?!) que es el ahora; donde vivimos según algunos autores, un tiempo “ahorista” o “puntillista” con cada momento como “nuevo”, ausente de pasado y con un futuro inasible y apenas vislumbrado), permeados por una soberbia que enorgullece demasiadas veces al humano de sus pequeños triunfos sobre el ambiente (aplicado el término en el sentido más lato) frente a las grandes derrotas cotidianas de nuestra humanidad, derrotas, que esta vez sí se le son achacadas al limitado margen de los recursos naturales (Rees, 1989).

En los últimos siglos el quehacer humano puede ser medido en términos de los triunfos mencionados sobre el ambiente (lo que incluye parte humana y no humana así como material e inmaterial). Nuestros éxitos han sido hasta ahora, la derrota de la naturaleza; pero la naturaleza no ha sido derrotada, ciertamente está en retirada (cobrándonos las cuitas), sin embargo el humano está considerando su control definitivo sobre la naturaleza como una cuestión de tiempo (Mesarovic y Pestel, 1993).

Cuando el humano impone su propio designio sobre el resto del mundo, interfiere con el proceso de selección natural (por el darwinista concepto de evolución, ahora igualmente extendido a lo social). Las consecuencias de tal intervención no son predichas: el determinismo tiene sus limitaciones si no que ha quedado a la vera de la historia y sus procesos. En su búsqueda de ganancias de corto plazo, la humanidad ha introducido sustancias y organismos a los ecosistemas, no probadas adecuadamente y se pueden dar situaciones agudas de crisis ecosistémicas no fácilmente predecibles o, definitivamente no predictibles. En interés de su propia comodidad y a nombre del “progreso”, la humanidad puede estar degradando la calidad de su propia especie para el futuro.

Empero, al contrario, cuando se tuvo ese mundo no limitado de recursos éstos se “abarataron” y se dio su margen a la baja. No se los conservó en medida y se descuidó la población mundial en sus dimensiones y en sus enormes diferencias de estados de “desarrollo”, visión un tanto distinta de evolución. Esa hoy pretendida limitación de los recursos naturales, es más una limitación humana que de la misma naturaleza.

También hay que considerar nuestra actitud hacia los recursos naturales. En persecución irrefrenada del crecimiento económico y material, hemos puesto la fe en el suministro supuestamente “inagotable” de recursos por pensarlos ampliamente sustituibles,

lo cual ocurre solamente en algunos casos y en determinadas condiciones: alimentos, energía, materias primas. Pero hemos “descubierto” ahora que estos recursos esenciales no están de ninguna manera en disponibilidad infinita. Aún si aceptamos como probable que se encontrarán sustitutos, todavía así no podemos tener certeza alguna de que esos sustitutos se encontrarán en las cantidades y en los momentos precisos, además del problema de su distribución que suele ser sumamente sesgada, digamos, injusta si pensamos de manera más socializada y ambientalizada. Dada esta incertidumbre, no podemos asegurar el desarrollo ininterrumpido y, considerando la complejidad de los sistemas que gobiernan el curso actual de la sociedad, cualquier interrupción está destinada a tener graves y serias consecuencias (Mesarovic y Pestel, 1993).

Señalaba Marx (1974) que la tierra es el gran laboratorio; el arsenal que proporciona tanto el medio como el material de trabajo, el asiento base de la comuna. Así, la naturaleza no sólo es fuente de vida sino vida ella misma, por lo que, también es conservación y destrucción de materia y energía, pero finalmente un proceso donde florece la vida, donde la muerte es para generar nueva vida. La organización de la sociedad humana ha tendido a ser lo contrario, un proceso que a través de la vida procrea la muerte en un derroche que requiere de la vida para seguir alimentándose (Marx, 2002).

Hay algo inédito en el humano actual que no existió antes, y es el hecho de que se convierte en un factor de corrupción de las “coordenadas” mayores que le dan sentido a la existencia, que determinan a la especie, nuestra especie. Por lo tanto, la conservación de la materia y de la energía son la base tanto de la reproducción natural como de la social. De esta manera, las funciones de conservación natural son tan importantes como la vida misma. De hecho son lo mismo. Esto queda expresado en la teoría de Gaia, que nos dice, que existen condiciones de auto reproducción en la Tierra, con o sin el humano. Entonces, la conservación supone también la existencia del humano en su caso, pues considerar a la muerte como parte de la vida, es suponer a la vez a la vida como parte de la muerte.

Gaia (del Amo, 1994) expresa que las condiciones ambientales de la superficie terrestre son reguladas activamente por todas las formas de vida de la tierra y, por lo tanto, los cambios y las perturbaciones son causa y efecto dinámicos del crecimiento y el metabolismo de los seres vivos. Los organismos no se adaptan de manera pasiva al medio sino que participan activamente en la transformación de éste y por consecuencia, en la evolución de su ambiente y de ellas mismas.

Si vamos a tratar efectivamente esta crisis mundial desarrollo-ambiente, naturaleza-sociedad, debemos entenderla en su origen y en su naturaleza, en sus vínculos e interacciones, en sus causales y sus efectos, en sus instancias y en sus derivaciones. La imposición de los proyectos humanos sobre el medio ambiente fue la manera en que el humano “domesticó” (si se aceptara tal “logro” de la humanidad) a la naturaleza llevándonos a la grave y sostenida crisis actual, que de tan tardada es más estado que crisis.

Aun así, parece ser que los valores básicos tradicionales mal aplicados y que están enraizados profundamente en la humanidad de todas las culturas, ideologías y creencias son en última instancia, responsables de buena parte de la problemática presente. Sin embargo, son estos mismos valores, su rescate y reajuste los que tienen un fuerte componente en la

resolución de la crisis global, que más que una crisis del medio lo es del pensamiento, más que del resto del mundo natural, es de lo humano (poniendo el énfasis en destacar que lo humano necesariamente es de suyo y suyo, natural) y, entonces nos compete directamente el enfrentar y resarcir tal situación, no sólo para nosotros sino para nuestros herederos del mundo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Amo (del), S. y J. M. Ramos. 1994. Desarrollo sostenible. Pronatura. México.

Childe, G. 1981. Los orígenes de la civilización. FCE. México.

Marx, C. 1974. Contribución a la crítica de la economía política. Ediciones de Cultura Popular. México.

Marx, C. 1975. Teorías de la plusvalía. Vol. 2. Cártago. México.

Marx, C. 2002. El capital. Editores mexicanos unidos. México.

Mesarovic, M. y E. Pestel. 1993. La humanidad en la encrucijada. Segundo informe al club de Roma. FCE. México.

Naredo, P. 1995. Energía, mitos y realidades. Anagrama. Barcelona.

Palerm, A. 1976. La fórmula MDM. Cuadernos de trabajo No. 5. La Casa Chata. CISINAH. México.

Rees, W. 1989. Definir desarrollo sustentable. Universidad de Columbia. Canadá.

Schimdt, A. 1989. El concepto de naturaleza en Marx. Siglo XXI. México.

Sosa M., E. 1995. Himno al Universo. Revista Surcos. México.

Torres C., G. 1999. Sustentabilidad y compatibilidad. Universidad Autónoma Chapingo. México.